

Las damas del rey

María Pilar Queralt del Hierro

Rocaeditorial

Castillo de Tomar

1 de septiembre de 1491

Costaba creer que aún era verano. Una brisa helada se filtraba, hiriente como un cuchillo, a través del único resquicio que dejaba desprotegido el gran tapiz que cubría el ventanal: una discreta mirilla por la que Manuel, duque de Viseu, contemplaba el trajín que invadía el patio del castillo cuando aún no habían despuntado las primeras luces del día. Protectora, la voz de su ayo, Diego de Silva, le distrajo de sus cavilaciones:

—Apartaos, duque, de la ventana. Hace un frío endemoniado, no estáis repuesto por completo de las fiebres y podéis recaer. Además, no habéis dormido...

¡Dormir! Intentar hacerlo hubiera sido, más que una pretensión, una utopía. La noche había sido un continuo ajetreo de palafreneros y mozos de cuadra que aviaban las caballerías y repartían la carga entre las acémilas. Mientras, en el interior, las damas adscritas al cuarto de la infanta cerraban arcones, recogían esteras y se hacían con aquellas menudencias que, a última hora, aún no habían encontrado su lugar en el equipaje. Por si eso fuera poco, desde los laudes el castillo se había visto invadido por el eco lúgubre del miserere que, a diario, se entonaba en la capilla por el alma del príncipe muerto. Diego de Silva insistió:

—Debéis procurar por vuestra salud, señor. Pensad que, muerto don Alfonso, el rey nuestro señor, que Dios guarde —se santiguó como queriendo exorcizar al monarca de todo mal—, no tiene más hijos que don Jorge, el bastardo, y que Portugal tiene depositadas en vos todas sus esperanzas.

Manuel hubo de reprimir un escalofrío para no darle la razón. Luego, le ignoró. En aquel momento estaba sordo para

todo lo que no fuera el piafar de los caballos, impacientes ante la inminente partida; mudo para pronunciar más palabra que aquel nombre que le martilleaba el alma; ciego para todo lo que no fuera aquella figura enlutada y casi imperceptible que contemplaba indiferente el ir y venir de baúles y pertenencias en torno a su litera.

—Isabel... —musitó. Y cediendo por fin al reclamo de De Silva se apartó, derrotado, del mirador.

En viaje

8 de septiembre de 1491

A doña Isabel, reina de Castilla y de León, de Aragón, de Sicilia, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén, de los Algarves, de Algeciras, de Gibraltar y de las islas Canarias, condesa de Barcelona y señora de Vizcaya y de Molina, duquesa de Atenas y de Neopatria, condesa del Rosellón y de la Cerdaña, marquesa de Oristán y de Gociano; de Isabel, princesa viuda de Portugal.

Mi muy querida madre y señora mía:

Sabréis ya de mi desgracia. Aun así, en este camino de regreso a casa, me atrevo a ocuparos con el relato de mis pesares. Sé que con ello os distraigo de tan alta misión como os empeña; poco vale mi alma dolorida ante el propósito de hacer de Granada tierra cristiana. Pero, mientras os escribo, podré imaginar que os tengo a mi lado. Que me acogéis en vuestro regazo y así, poco a poco, se disiparán las sombras que ennegrecen mi presente y me privan de cualquier esperanza de futuro.

Mecida por la caricia de vuestra voz olvidaré el fúnebre cortejo que va camino del monasterio de Nuestra Señora de la Victoria en Batalha. Intentaré no atormentarme con la imagen del cuerpo de mi esposo dormido en la oscuridad de su féretro, inerte como el mármol, escoltado por la luz tenue de las antorchas y con la sola compañía de los caballeros de su guardia. Trataré de entender por qué no puedo acompañarle, aceptar que así lo recomiendan el recato y la modestia propios de una infanta castellana, que hoy es princesa viuda de Portugal. Me esforzaré por no envidiar a las plañideras que acunan el alma de mi Alfonso con sus cantos y hasta me resignaré a no poder gritar al mundo

que aquel caballo traicionero no solo segó la vida del príncipe, sino que dejó mi alma rota en mil pedazos.

Me debo a mi cuna, bien lo sé. Por eso, madre, callo y busco consuelo en este papel que riego con mis lágrimas y en la certeza de que mis palabras encontrarán en vos el eco apetecido. Vuestra entereza, vuestra presencia de ánimo, serán sin duda el mejor bálsamo para, si no curar, sí ayudarme a cicatrizar mis heridas.

¿Recordáis, señora, cuánta era mi dicha en los días que disfruté con mi esposo el príncipe don Alfonso? ¿Cuán grande fue mi felicidad aquel 18 de abril, día de mis bodas, cuando Sevilla olía a azahares y la ciudad toda se me antojaba la antesala del cielo? Viva está aún en mi memoria la imagen de mi padre, don Fernando, que Dios guarde, participando en las justas y las muchas varas que quebró en ellas. Aún creo escuchar la risa alborozada de mi hermana doña Juana en bailes y banquetes que, por unos días, la arrancaron de su habitual ensimismamiento; o el alegre palmoteo de la pequeña Catalina, quien, a sus cinco años, descubría un mundo hasta entonces desconocido. Hasta la tímida y dulce María no cesó de sonreír junto a Juan, príncipe de las Asturias, a quien, tal vez por aventajarle en ocho años, siempre he sentido más como un hijo que como un hermano.

Todo era felicidad, madre, en aquellos días. Pero ya pasaron, y ahora se confunden en mi recuerdo las brillantes antorchas que nos acompañaban hasta los Alcázares sevillanos con esas otras que envuelven crespones de luto. El olor a incienso de la fúnebre comitiva se mezcla con el aroma de las madre selvas que orillaban el Guadalquivir o con el olor a hierba fresca de tierras de Estremoz, donde Portugal quiso refrendar mis bodas. Hasta las campanas tocando a muerto parecen evocar aquellas otras que volteaban dichosas para celebrar la unión de dos cuerpos y dos almas.

Tan dichosa me sentí que, justo es decirlo, apenas sentí dolor al separarme de vos ni de la tierra en la que había crecido. Mis ojos no veían más que a mi esposo don Alfonso y su porte sereno, la madurez que, pese a su juventud, acompañaba sus gestos y su voz —¡esa voz que aún me persigue!—, grave y envolvente, que creí talismán que había de protegerme de cuantos males me acecharan.

No era así. Ni tan solo pudo protegerse él. Y poco duraron mis goces. Bastó que un caballo se encabritara para que la felicidad se me deshiciera entre los dedos como la nieve que, de niña, derretía al calor de mis manos.

¡Fue todo tan inesperado! Aquella mañana de julio, Alfonso

se dispuso a disfrutar de su habitual montería. Como de costumbre, al escuchar el tañido del cuerno de caza me asomé a la ventana. Mi esposo montó, me saludó con la mano y partió al galope. Ya no volví a verle con vida. Apenas hubo recorrido un pequeño trecho, uno de los perros se cruzó ante las patas de su caballo, un alazán joven e imprudente que se encabritó y lo lanzó contra el suelo. Su tío don Manuel, duque de Viseu, quiso reanimarle, pero nada pudo hacer por salvarle la vida. Cuando me lo entregó, aquel cuerpo que debía haber sido el del padre de mis hijos no era más que un hermoso y frío trozo de mármol.

Me pregunto, madre, si la muerte de Alfonso no ha sido un castigo merecido. Era tal mi felicidad que olvidé que esta tierra es un valle de lágrimas donde expiar nuestros pecados y, posiblemente, Dios me castigó por ello. Asumo mi culpa. No puede agrandar a Dios tanta entrega a un hombre; no es propio de un alma cristiana anteponer los placeres de la carne a los del espíritu y yo, madre, me rompía en deseo entre sus brazos. En público distraía mi mente evocando, bajo las ricas telas que le cubrían, las formas de aquel cuerpo que me abrazaba al amanecer. Luego, en la soledad de nuestra alcoba, le buscaba como el viento busca las copas de los árboles para perderse en ellas. He pecado, madre. He pecado por amor y tengo justo castigo. Ahora lo hago por desesperación y solo a vuestro lado, con vuestra guía y la de vuestros confesores, podré redimirme.

Por eso, madre y señora mía, vuelvo a Castilla. Quiero olvidar Sevilla y sus aromas; quiero alejarme de la fragancia de las frondosas vegas portuguesas; de las paredes que albergaron mi felicidad; de mis sueños rotos... Necesito que la Castilla que me vio nacer fortalezca mi alma, que su aire limpio y fino la purifique, y que su cielo siempre raso me libre de las brumas que nublan mis sentidos. Por eso, pasados los primeros lutos, he dejado Santarem para ir en busca de vuestro consuelo, de la protección de mi padre y de la compañía de mis hermanas Juana, María y Catalina. Lo hago en la seguridad de que no me desasistiréis en esta hora amarga de mi vida.

Beso las manos y los pies de V.A. y demando a Dios Nuestro Señor que os guarde y proteja en tan alta misión como os ha sido encomendada. Os ruego, madre mía, que tengáis presente en vuestras oraciones a vuestra más devota hija,

Isabel

Dada en Abrantes a VIII de septiembre de MCDXCI, Anno Domini.

En algún lugar de Castilla

Septiembre de 1491

Elvira se afanaba en extender el lienzo del mejor lino de Flandes sobre la cama que, poco después, iba a conceder a Isabel el codiciado descanso. El viaje desde Santarem hasta tierras castellanas había sido fatigoso en extremo. Los sucesos de las últimas semanas no solo habían hecho mella en el ánimo de la infanta, sino que habían mermado considerablemente sus fuerzas. Por eso, dueñas y camareras, siguiendo órdenes estrictas de su madre, la reina, se aprestaban a prepararle buena cama y mejor yantar con la esperanza de hacerle recuperar la salud perdida antes de ponerse en viaje hacia Santa Fe, en las inmediaciones de Granada, donde estaba instalada la corte y desde donde los monarcas dirigían las operaciones del largo asedio al que estaba siendo sometida la capital del reino nazarí.

La luz entraba a borbotones por los amplios ventanales de la estancia. Ropas, útiles personales, libros y labores se repartían desordenadamente por la sala esperando que las manos hábiles de doncellas y camareras supieran encontrarles un rincón oportuno bajo la atenta mirada de doña Leonor de Maldonado, la anciana dueña que había criado a la infanta y a sus hermanas y que, mientras Beatriz Galindo y otras sabias mujeres les procuraban saberes y latines, había tenido a su cargo sus necesidades más cotidianas.

Ajena a todo lo que no fuera su dolor, la infanta descansaba en una habitación contigua sin que pareciera molestarle la cháchara intrascendente de las jóvenes camareras. Inesperadamente, entre el murmullo monótono de las voces, se impuso la de doña Leonor:

—Tira más de ahí, niña; de ahí, de esa esquina..., que mi señora es muy delicada y cualquier arruga le molesta.

La camarera, desafiante, le respondió:

—Olvidaos de la niña que criasteis, doña Leonor, que quien va a dormir en esta cama es una mujer hecha y derecha, aunque, eso sí, con el alma partida. No creo que, en sus circunstancias, le importen demasiado a doña Isabel los dolores del cuerpo...

Doña Leonor suspiró mientras intentaba dominar el temblor que los años y el trabajo regalaban a sus manos.

—Tenéis razón, Elvira. Pero precisamente por eso hay que darle gusto. ¡Ah, si no fuera por estas manos inútiles yo misma le prepararía la cama y dispondría los baúles, que bien conozco sus gustos y tal vez podría aliviarle de tanto sufrimiento!

—Confíad en mí, doña Leonor, que soy joven y tengo buenas fuerzas. Nada ha de faltar a la infanta nuestra señora, que voy a cumplir con creces mi cometido de camarera...

—Me temo, Elvira, que nada ni nadie podrá devolver la risa a su boca. ¡Dios mío! —intervino Ana de Lerma, otra de las camareras—, apenas veintiún años y ya viuda...

—Nunca fue feliz, no os engaños —tercio Juana de Guzmán, la primera camarera del cuarto de la infanta, mientras rescataba un brial de seda cruda de uno de los baúles llegados de Portugal.

—En eso he de daros la razón —sentenció doña Leonor—. Cierto que, como primogénita, gozó más que ninguna de sus hermanas de los mimos y caricias de sus padres, pero tampoco le faltaron angustias y sinsabores ¡No debió de pasarlo mal mi pobre niña, alejada de sus padres por cumplir con las Tercerías de Moura!

—No olvidéis, Leonor —Juana la apeaba del tratamiento por ser más cercana a ella en edad y categoría doméstica—, que de aquel primer pacto entre Portugal y España nació lo que más tarde fue dichoso matrimonio...

—Cierto, pero ¿creéis que eso es suficiente para compensar la soledad de una niña de diez años durante los tres que pasó en tierra extraña y sin la compañía de los suyos?

—¡Si solo fuera eso! —exclamó la camarera—. Lo malo fue que, poco antes, el nacimiento del príncipe don Juan la había apartado de un plumazo de su condición de princesa de Asturias...

—¡Qué tendrá eso que ver! Nunca ha sido doña Isabel mujer ambiciosa. Lo curioso es que, según ella misma me relató, cuando hubo de regresar a Castilla sin saber si el matrimonio con don Alfonso por fin se realizaría, lloró amargamente. Pero... —se interrumpió la dueña—, ¿adónde vais, Juana, con el brial de seda que vistió doña Isabel en sus bodas?

—Sigo instrucciones, Leonor... La princesa ha ordenado que llevemos todas sus prendas al morisco de la Costanilla Nueva que tanto sabe de tintes. Asegura que nunca más vestirá de color, que su alma está negra de dolor y como tal quiere ataviarse... Es más, ha entregado joyas y otros artificios a su confesor con el ruego de que los reparta entre aquellos que más lo necesiten.

Doña Leonor agachó la cabeza y suspiró. Fue la joven Elvira quien, mientras ahuecaba los almohadones de pluma del lecho, tomó la palabra:

—La vida se le va a ir en llanto y tristezas. Bien le convenría levantar el ánimo y olvidar que muchos son los años que le quedan como para pasárselos entre lutos y pesares.

—Es muy sentida la infanta —sentenció la de Guzmán.

Un grito procedente del corredor interrumpió la conversación. Las mujeres se precipitaron hacia la puerta pero, antes de que salieran de la estancia, Brites de Meneses, la única camarera portuguesa del séquito de la infanta Isabel, entró sofocada y llorosa:

—Acudid presto, doña Leonor... ¡A mí no me atiende!

—Pero ¿qué sucede? ¿Quién y en qué tiene que atenderos?

—La infanta, la infanta... —balbuceó Brites mientras enjugaba sus lágrimas y se sonaba ruidosamente con un pequeño pañuelo de seda.

—¿La infanta? ¿Qué le sucede a la infanta? —se alarmó la dueña.

—Se ha cortado sus cabellos, doña Leonor... —redobló los sollozos—. ¡Sus hermosos cabellos rubios! Ha pedido ropas de estameña y asegura que quiere refugiarse en un convento de clarisas de Toledo. Dice que su vida ha terminado y que quiere profesar...